

## El Ciervo

He oido un ruido muy fuerte en el dormitorio.

Me dirijo hacia allí y al entrar veo un enorme ciervo muerto tendido sobre la cama.

Dejé una pequeña rendija abierta de la ventana, una ventana antigua que se abre de lado y deja pasar un poco de corriente de aire procedente del patio interior.

El ciervo ocupa el largo entero de mi cama. Tiene los ojos muy abiertos, fríos y negros. Hay sangre que le brota del vientre y se vierte discreta sobre la alfombra sobre la que poso los pies todas las mañanas al despertarme.

La imagen es tan grotesca que ni siquiera puedo asustarme. Lo miro hipnotizada y pienso que el pobre animal debía estar encerrado en los bajos del patio. Quizá algún vecino lo tenía allí ilegalmente atrapado, como una especie de trofeo. El animal debió verse desesperado, asfixiado en el tubo alto y estrecho del patio de vecinos, y con un instinto feroz y desesperado por sobrevivir, ha escalado hasta llegar a mi ventana y ha parado a morir a mi cama.

Su cuerpo es fuerte y musculoso, el pelo grisáceo y marrón lo cubre entero. A pesar de estar muerto, está extrañamente bello y sereno. Tiene una pequeña cornamenta desordenada y corta que presiona con fuerza sobre el edredón y le deja el cuello medio colgando en una postura un poco ridícula. Pienso si es un macho o una hembra, porque según había leído en los libros, solamente los machos tienen cuernos. Siento una curiosidad imperiosa por saber el sexo del animal. Desde la distancia no puedo verle los genitales, así que me acerco para levantarle la pata y mirarle entre las patas. Es un macho.

Pienso que, si él no se hubiera ido, ahora podría ayudarme a levantar al animal y sacarlo fuera de casa. No puedo dormir en la cama con un animal muerto y el peso es demasiado para mí sola. Pienso en salir y pedir ayuda a algún vecino, explicarle el extraño suceso de haberme encontrado un ciervo muerto en mi cama que ha entrado por la ventana. Pero llevo varios días sin ducharme. Mi olor es fuerte, como el del ciervo, aunque no me molesta. Los vecinos van a pensar que estoy perturbada, que llevo varios días sin salir por la tristeza y que probablemente he comenzado a tener ideas delirantes. Incluso puede que llamen a un médico, a un psiquiatra o un enfermero que venga a mi casa para que compruebe si estoy en buen estado. Definitivamente nadie va a creerme.

La casa no está en las mejores condiciones, pero no es motivo para que el ciervo haya decidido morir aquí. A pesar de todo, la cama es donde paso la mayor parte del tiempo y está cuidada y limpia. Me esfuerzo por cambiar las sábanas cada semana porque sé que es donde quiero estar en las próximas horas de mi vida. Precisamente el ciervo mancha de sangre mi cama y mi almohada. Ahora me siento confusa y un poco enfadada (emoción que no había sentido desde hacía mucho tiempo), porque no encuentro un lugar en la casa donde pueda estar.

La nevera está vacía porque como ya he dicho, hace días que no salgo a la calle. No puedo decir que haya sentido hambre porque me muevo poco y suelo estar tumbada en la cama durmiendo. Mi gasto calórico es muy escaso, lo que me hace pensar que es aún más difícil para mí cargar con este muerto y sacarlo fuera de la cama para poder compartir la habitación.

De repente siento mucha hambre. Mi mirada se posa en la boca entreabierta del ciervo y me imagino a mí misma comiendo un enorme plato de carne humeante y recién hecha. De repente, siento una pena profunda por el animal y deseo

honrar su muerte de alguna manera. Me fijo que de la sangre que brota de su vientre sobresalen los intestinos. La imagen no me repugna, ni siquiera me desagrada. Llevo tanto tiempo mirando la escena que me parece natural y apetitoso. Llevo muchos días sin comer. El ciervo ha venido aquí y ha ocupado mi lugar privilegiado de la casa. Se me ocurre que quizá el ciervo trepó a mi ventana y vino a ofrecérseme como alimento, porque sabía que en el dormitorio lo encontraría. Pienso que comérmelo es una buena manera de honrar su muerte y no desperdiciar su cuerpo.

Además, ¿qué harían con un animal muerto? Probablemente tendrían que transportarlo a alguna planta industrial especializada, hacerle unos estudios, incinerar su bello cuerpo cubierto de pelo para que no suponga un peligro para la salud pública. Pero para mí este ciervo es un regalo. Es un regalo que entra por la ventana como la tímida brisa que cada mañana me roza la mejilla como una caricia perdida.

Siento unas ganas inmensas de abrazar al ciervo, de devorarlo. De metérmelo dentro para que me saque la pena fuera. Me aguento las ganas de sonreír. Por primera vez en muchos días tengo un propósito y no estoy sola.

Doy un paso hacia la cama y me dirijo al ciervo.